

EL CLASICISMO AMATORIO DE OVIDIO EN EL *QUIJOTE*

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

La clave de la fama de Ovidio es su *Arte de amar*, uno de los *bestsellers* más constantes de Occidente, 20 siglos antes de *El nombre de la rosa*, de *El señor de los anillos* y del más inofensivo *Harry Potter*. Hasta un luminoso libro de Erich Fromm ha imitado ese título ovidiano.

Ovidio es, además, un seguro narrador de los enjundiosos episodios de la mitología griega, que luego heredaron los poetas romanos. Por eso han llamado a las *Metamorfosis* de Ovidio, “las mil y una noches del clasicismo”.

LAS *HEROIDAS*, PRONTUARIO UNIVERSAL

Es menos sabido que la vena narrativa de Ovidio se prolonga de sus *Metamorfosis* a sus *Heroidas*, que son “cartas escritas (imaginariamente) por hijas de héroes”, o sea, por heroínas mitológicas o legendarias.

Estas cartas están dirigidas por las heroínas a sus galanes, ya sean presentes, pretéritos, futuros o futuribles. En otras palabras, hay ahí cartas para presentes: las conyugales, como la de Penélope a Ulises; las hay para pretéritos, de mujeres abandonadas, como la de Deyanira a Hércules. Las hay para futuros, de novios apasionados, como las recíprocas del atlético nadador Leandro y de la bella Hero. Y las hay para futuribles, para amores inalcanzables, como la de la lírica Safo al codiciado Faón, o la de la incestuosa Fedra a su austero hijastro Hipólito.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 10 de junio de 2003.

Ya se ve entonces que las *Heroidas* de Ovidio son algo así como un prontuario de cartas de amor. Pero, curiosamente, no las han usado los enamorados que no saben cómo dirigirse a sus amadas, sino más bien los genios literarios como Dante, Petrarca, Ariosto y Boccaccio en la bota itálica; como Chaucer, Shakespeare, Marlowe o Milton entre las brumas nórdicas; o como Garcilaso, Cetina, Castillejo, Calderón y Cervantes en los dominios hispánicos. Entremos en este último terreno, el más cercano a nosotros.

EL OVIDIANO *QUIJOTE*

La Heroida a Dulcinea

En la Roma imperial, Ovidio es un estilista de colmillo retorcido; y en la España de los Siglos de Oro, a Cervantes no se le va una oportunidad de hacer un juego de palabras (recuérdense tantas frases como: “No se curó... y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud”). Las figuras retóricas son el fuerte de Cervantes. Sin ir más lejos, aquí enumeraremos adyunciones, polisemias, paradojas y antítesis.

Entonces, era de esperarse que el clásico hispano levantara un jugoso y legítimo botín en sus lecturas frecuentes del romano. Empero, ni en Astrana Marín, ni en ningún otro comentador he encontrado citadas sus fuentes latinas. Entonces el suscrito, luego de traducir las *Heroidas* de Ovidio en dísticos elegíacos castellanos, ha procedido a detectarlas, pese a que algún investigador había anotado que acaso Cervantes no conocía a Ovidio.

Mi conclusión es la opuesta: creo que quizá Cervantes no imitó a ningún poeta latino más a menudo que a Ovidio. Procedo a probarlo.

La carta de don Quijote a Dulcinea del Toboso,¹ empieza con aquello de “El ferido de punta de ausencia... te envía la salud que él no tiene”. Esta

¹ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, 1605. Reedición, Valencia, Editorial Petronio, 1973, Parte I, capítulo XXV.

sagaz expresión, en que —con una hábil disemia— se coordinan los dos sentidos de *salud*, que son *bienestar* y *saludo*, es el obsesivo aldabonazo que abre varias de las *Heroidas* de Ovidio. Por ejemplo, la cuarta empieza así: “La salud de que ella misma carece si tú no se la das... te envía...” Es claro que esta frase castellana viene de la de Ovidio citada: “Te envía la salud que él mismo no tiene”.

Y dicha carta de don Quijote, luego de varios tópicos amorios del Renacimiento, se cierra imitando este final de Ovidio en su carta de Dido a Eneas: “Si no, tengo decisión de echar fuera mi vida; no puedes mucho tiempo ser cruel en contra mía (*Heroida* VII, 181 ss.).

Cervantes se apresura a recoger estas dos pepitas de oro de Ovidio: el tema del desairado que se quita la vida, y el del que abrevia la crueldad de su pareja, dándose la muerte. Y escribe don Miguel: “y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida, habré satisfecho a tu crueldad y a mi deseo”.

OVIDIO EN LAS NOVELAS INCIDENTALES DEL *QUIJOTE*

En las bodas de Camacho

El novelista alejandrino Calímaco cuenta en sus *Aitia* la ingeniosa historia que Ovidio desarrolla en sus *Heroidas* XX y XXI. El audaz Aconcio queda prendado de Cidipe apenas la ve en Delos. Él escribe entonces una promesa de matrimonio en una manzana que hace rodar hasta los pies de la joven. Esta recoge la manzana y, por simple curiosidad, lee la promesa: “Juro casarme contigo”.

Toda promesa dicha en voz alta ante el templo de Diana es inviolable; ya Cidipe ha quedado comprometida con Aconcio, aunque sin saberlo. Y cuando, tiempo después, el padre de la joven quiere compometerla con otro, ella cae gravemente enferma. Aconcio entra entonces a escena, revela a Cidipe toda la historia de la carta, y finalmente consigue su mano.

Cervantes, a su vez, en los capítulos del *Quijote II* referentes a las bodas de Camacho el rico,² decide parodiar este ingenioso relato mítico.

Comienza aludiendo a una leyenda que Ovidio desarrolla en las *Metamorfosis*: la de Píramo y Tisbe, enamorados desde niños. Pero Cervantes continúa su narración más cerca de la citada de Aconcio y Cidipe.

Estando presente don Quijote, Basilio el pobre se hiere de muerte en plenos preparativos de la boda de su amada Quiteria (¿Venus Citerea?) con Camacho el rico, pareja impuesta codiciosamente por el padre de la bella.

Basilio el pobre, gravemente herido, pide entonces como última voluntad un matrimonio *in articulo mortis*. Como quien dice: “Dame el consuelo de casarte conmigo, ahora que me estoy muriendo”.

Quiteria accede; pero entonces Basilio sana de inmediato, pues su sangre y su herida eran de utilería. Así, al igual que Aconcio en la *Heroida* de Ovidio, Basilio en el *Quijote* obtiene legalmente a su amada.

Recuérdese que, cuando el rico burlado quiere vengarse del pobre burlador, don Quijote empuña su lanza e increpa a los agresores: “Teneos, señores, teneos; que no es razón tomar venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa”.

Detalles reveladores

Varios suculentos detalles confirman la inspiración ovidiana de este episodio del *Quijote*. En la *Heroida XXI*, Ovidio hace decir a Cidipe: “Quien jura es la mente; nada he jurado junto con ella”. Y Cervantes recoge esa declaración, formulándola así: “La esposa (Quiteria), oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habría de ser valedero, dijo que ella lo confirmaba de nuevo”.

Otro enunciado clave es también el del Aconcio ovidiano: “Y fuiste taimado, siendo Amor tu consejero” (XX, 32).

² *Don Quijote*, parte II, capítulos XX y XXI.

Cervantes lo refleja así en boca de don Quijote, quien hace las paces en la boda intercambiada: “En las contiendas amorosas, se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea”.

¿Más argumentos para mi tesis? Hay otra cita que puede ser aún más clara. Tanto Ovidio como Cervantes conectan el matrimonio con la muerte, ya sea por tener como símbolo una antorcha, o por tener como teatro un lecho.

Cidipe dice en Ovidio, al ver que en vez de casarse, va a morir: “Por la antorcha del tálamo, tea mortuoria me asiste” (XXI, 173 ss.).

Y así exclama don Quijote al ver moribundo a Basilio: “El tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura”.

¿Por qué coinciden ciertas tramas y ciertas frases célebres de Cervantes y de Ovidio? Pues porque el hispano admira al latino, y lo homenajea imitando sus mejores peripecias narrativas y sus mejores figuras estilísticas.

“El curioso impertinente” viene de Ovidio

Una de las más admiradas novelas incidentales dentro del *Quijote*, es la del “Curioso impertinente”. En ella se suele ver una prueba de la poderosa fantasía creadora de Cervantes.

Pero el novelista de Alcalá, al igual que Shakespeare, Boccaccio y otros de sus pares, no narra a partir de la nada, sino que prefiere reelaborar gallardamente algunas historias ya existentes.

Así ha sucedido en Shakespeare con *Romeo y Julieta*, nietos directos de Píramo y Tisbe; y con Cordelia, la hija del *Rey Lear*, heredera de la *Antígona* de Sófocles; no menos que con *Hamlet*, consanguíneo del *Orestes* de Esquilo.

Pues este “Curioso impertinente” de los capítulos XXIII a XXXV de la primera parte del *Quijote*, es la jugosa interpretación cervantina de un argumento muy reiterado en la historia literaria. Se trata de la historia

troyana de Paris y Helena, que pasó de Homero a Estesícoro, y de este a Sófocles y a Eurípides.

Lo interesante es que Cervantes, cuya familiaridad con la lengua latina había sido puesta en duda, tomó este argumento troyano, no de algún ingenio helénico, sino de su propio precursor latino en el arte de novelar: el narrativo Ovidio de las *Heroidas* XVI y XVII.

En la *Heroida* XVI, Paris intenta seducir con melifluos razonamientos a la espléndida Helena, ya casada con Menelao y reinante en Esparta. En la XVII, esa bellísima hija de Tíndaro, halagada por la elocuencia de Paris, escribe uno de los más reveladores análisis del alma femenina, con todas las razones que avalan la fidelidad, pero también con todas las frivolidades que orillan hacia la claudicación a las que sean tan frágiles como hermosas.

Para mí, la trama de esta novela incidental de Cervantes está inspirada en las citadas *Heroidas*. En el Ovidio de la Roma clásica, a Menelao le sobreviene una extraña necesidad de salir de su reino a visitar Creta, y encarga a su esposa Helena que haga los honores de la casa a su regio huésped, el príncipe troyano Paris.

Y, 16 siglos después, el hispano Cervantes elucubra que Anselmo decide salir a su casa de campo, ni más ni menos que para probar la fidelidad de su esposa Camila. Se la deja entonces encomendada al huésped Lotario, amigo de la familia.

La caída inicial

Si bien ambas narraciones continúan a temperaturas diversas, los hechos son semejantes. El huésped troyano Paris aprovecha la ausencia del regio esposo de Helena para asediarla con homenajes a su belleza y con halagos a su sensibilidad. Del mismo modo, el hispano Lotario se esmera en rodear a Camila de adulaciones, de quejas de amor y de chantajes sentimentales.

Y el resultado es similar en ambas historias: capitula la fortaleza estratégicamente socavada. Pero, ¡atención! Tanto el narrador romano como el

hispano conocen cómo la mujer caída sabe subrayar la parte de dignidad que ha guardado incólume. En efecto, ella ha sido cómplice del adulterio, pero no ha instigado malévolamente la culpa. Entonces Helena advierte a Paris que, tarde o temprano, él le echará en cara injustamente una culpa que ella no causó. Ella solo la toleró a causa de la obstinación de quien la estaba iniciando en la infidelidad. Así vierto dos versos ovidianos: “¡Cuántas veces tú mismo me dirás ‘adúltera’, airado!... Tú mismo te harás de mi delito reprensor y causante” (*Heroida* XVII, 215 y 221).

A estas alturas, el lector esperaría que la asediada se negara rotundamente al adulterio. ¡Ah! Pero ella flaqueará porque su amor propio ha sido ciegamente menospreciado por el esposo, y su vanidad ha sido hábilmente trabajada por el seductor.

Y justamente eso es lo que presenta Cervantes en “El curioso impertinente”. No muchos días después de la caída definitiva de Camila, el adúltero Lotario imaginó sin fundamento que ella lo engañaba ya. Escribe Cervantes: “Creyó que Camila, de la misma manera que había sido fácil y ligera con él, lo era para otro... Que la mujer mala... pierde crédito de su honra con el mismo a quien se entregó rogada y persuadida”.

El debate siempre abierto

Aquí nos salta a la vista, como un tema fundamental, la estrofa más célebre de sor Juana. Ella comprende dolorosamente esta situación de víctimas acusadas, que encaran ciertas hermosas ante ciertos engreídos.

Sin ir más lejos, la criolla Isabel Santillana, su madre, fue fecundada con tres hijos ilegítimos por el capitán Pedro de Asbaje. Fueron Josefa María, una segunda María y nuestra Juana Inés. Y se ve que abundaban en la Nueva España los capitanes con iniciativa y sin pizca de vergüenza, pues otro capitán, Diego Ruiz Lozano, embarazó a la misma Isabel con otros tres hijos igualmente ilegítimos: Diego, Antonia y una segunda Inés.

Ante una situación así, Juana Inés supo alejarse de una sociedad donde abundaban los canallas. Para su espíritu heroicamente sensitivo,

ella prefirió el desposorio con el Altísimo, “el único que no hiere los corazones”,³ según se lo dice el padre Antonio Núñez de Miranda. Y ello gracias a “la fuerza de la vocación” de que habla en su *Respuesta a sor Filotea*.⁴ Tal decisión solo la aquilatan las almas superiores.

Pero, eso sí, Juana Inés dejó capturadas las negras alas de tantos “hombres necios” al atravesarlos con su *Sátira filosófica*, dotada de no menos de 17 cuartetas como otros tantos punzones agudos.

Revisemos la fuerza de algunos de ellos. Comienza con: “Hombres necios, que acusáis / a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis”⁵

Y la Fénix procede a delatar las docenas de astucias de los “hombres necios” (los que cometen los atropellos de que ella los acusa): “Si con ansia sin igual / solicitáis su desdén, ¿por qué queréis que obren bien / si las incitáis al mal?”

Y los necios se burlan de aquellas a las que ellos mismos han hecho caer: “Combatís su resistencia / y luego, con gravedad, decís que fue liviandad / lo que hizo la diligencia”.

Esos necios, más que adultos, parecen niños que se asustan del espantajo que ellos mismos han puesto. “Parecer quiere el denuedo / de vuestro parecer loco al niño que pone el coco / y luego le tiene miedo.”

Y, si ellas llegan a caer por debilidad, ellos con frecuencia caen por empeñosa malicia: “¿O cuál es más de culpar, / aunque cualquiera mal haga: la que peca por la paga, / o el que paga por pecar?”

Así es como hemos aportado a este tema siempre abierto, la filiación de la célebre sátira de Juana Inés, como fuente remota, en las lejanas *Heroidas* de un Ovidio de 16 siglos antes; y como fuente próxima en el cercano *Quijote* de Cervantes, a menos de un siglo de distancia.

³ Margarita López P., *Estampas de sor Juana*, México, Bruguera, 1979, p. 87.

⁴ Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta a sor Filotea*, línea 460, en *Obras completas*, t. IV, FCE, 1957.

⁵ El suscrito se ha permitido subrayar el abolengo clásico de la *Sátira filosófica*, vertiendo rítmicamente al latín sus 17 estrofas. En la primera digo así: Viri stulti qui accusatis / féminam in ratiõnem, vos ignavi occasiõnem / esse ejusdem quod culpatis.

Todo esto lo añado a las citas que Alfonso Méndez Plancarte ha hecho de Juan de la Encina, de Torres Noharro y, sobre todo, de Juan Ruiz de Alarcón.⁶

Los geniales toques paralelos

Es natural que, si son similares las premisas y el nudo de ambas historias —la de Paris y Helena en Ovidio, y la de Lotario y Camila en Cervantes—, las consecuencias serán también una serie similar de desgracias.

Al igual que en otras novelas-homenaje a Ovidio, Cervantes sigue a su modelo, tanto en el plano general del relato como en los detalles que enriquecen toda obra literaria.

Muy típica es la escena ovidiana en que Paris, para poder elogiar a Helena en la propia cara del esposo, le cuenta: “Refiriendo a tu rostro las palabras una a una, hice indicio de ti bajo un nombre fingido” (*Heroida* XVI, 243-244).

De modo paralelo, Lotario recitaba frente a Camila sonetos que decía haber escrito a una supuesta Clori. Pero la realidad era que (cito): “Eran fingidos aquellos amores de Clori, y que los había dicho a Anselmo para poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila”.

No insistiré en ciertas frases cervantinas de puro corte ovidiano en que un mismo verbo cambia súbitamente de un sujeto o un objeto abstracto a uno concreto. Son como aquella de que a Anselmo, “sin poder acabar la razón se le acabó la vida”. Esa frase maneja la misma adyunción de la *Heroida* II: “La causa de la muerte dio él; la mano, ella”.

Prefiero cerrar este pasaje consignando la bellísima imitación de una fuerte paradoja. En Ovidio, nos atrapa la mordente veracidad con que el pretendiente Paris lamenta, al ver a Helena besada con pasión por el

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, t. I, México, FCE, 1951, notas a la *Sátira filosófica*, p. 488. Véase Juan Ruiz de Alarcón en *Todo es ventura*, III: “¿Qué es lo que más condenamos / en las mujeres? ¿El ser / de inconstante parecer? / Nosotros las enseñamos”.

esposo Menelao: “Dudo qué hacer: dolor mío es ver estas cosas, pero es mayor dolor de tu cara estar lejos” (xvi, 235-236).

Intuyo que este pasaje de Ovidio también atrapó a Cervantes, y este decidió a su vez atraparlo dentro de su propio estilo: “Mil veces quiso... irse donde jamás... él viese a Camila; mas ya le hacía impedimento y detenía, el gusto que hallaba en mirarla”.

¡Sorprendente! En los pasajes en que Cervantes se muestra más personal y más sólido, es donde está exhibiendo mejor su admiración hacia las clásicas lecciones de Ovidio.

Son esos que exhiben, “además del valor psicológico, tal vez el único irrecusable... dones de estilo que a muchos parecerán misteriosos”, según anota displicente el genio de Borges.⁷

Disculpe, don Jorge Luis: En el *Quijote* conviven, de un modo nada misterioso, esa “prosa de sobremesa, conversada y no declamada” que usted dice allí mismo, siguiendo a Paul Groussac y a Lugones,⁸ codo a codo con toda la retórica clásica de Ovidio, asimilada a sus anchas por don Miguel.

HELENAS Y MARCELAS “DULCINEAS”

En esa síntesis de rapsodias inmortales que es la *Iliada*, triunfa en el canto III el esplendor de Helena, en cuyo altar ofrenda la luminosa ceguera de Homero los más lucientes epítetos: “la divina entre las mujeres”, “la de niveos brazos”, “la hija de Zeus”, “la de perfumado velo”.

Allí nos topamos con aquellos venerables ancianos que formulan el más elevado elogio que se ha dicho de Helena, y que Alfonso Reyes vier-

⁷ J. L. Borges, “La supersticiosa ética del lector”, *Discusión*, Buenos Aires, Emecé, 1957, p. 46.

⁸ Paul Groussac, *Crítica literaria*, p. 41. Leopoldo Lugones, *El imperio jesuítico*, p. 59. Borges acaba por decir que Cervantes “no era estilista, a lo menos en la presente acepción acústico-decorativa de la palabra” y que “le interesan demasiado los destinos de Quijote y de Sancho, como para dejarse distraer por la propia voz”.

te: “No es mucho si por ella los dánaos lucientes/y los teucros resisten tan largo padecer, / que una diosa semeja, muy más que una mujer”.⁹

Así que la beldad de Helena, en la *Iliada*, hace pensar en la divinidad.

De Homero a Ovidio

Por su parte, Cervantes usa como personajes (lo vemos repetidas veces) a varias bellezas que son unas Helenas: ya se llamen Dulcinea, o Leandra, o Quiteria, o alguna otra blanca y rubia beldad (porque en tiempos de Cervantes no sonaba mucho el *black is beautiful*).

Pero la más relevante de ellas es sin duda la pastora Marcela, por cuyos desdenes desfallece el pastor Grisóstomo. Ella reina en los capítulos XII a XIV de la primera parte del *Quijote*.

También Marcela —como la Helena homérica— eleva las mentes hacia la divinidad. Y Cervantes, ahora en clave judeocristiana, dice de Marcela: “Nadie la miraba que no bendecía a Dios que tan hermosa la había creado”.

Pero, según la costumbre de Cervantes, él pasa pronto de la fuente griega a la latina, más cercana en tiempo y en léxico.

Don Miguel comienza por recopilar los rasgos de Helena en las *Heroidas* XVI y XVII, en las cuales Ovidio hace hablar sucesivamente a Paris y a Helena. En su carta, Paris dice a la bella Helena: “El rumor hizo de ti grandes pregones, y no hay tierra ninguna de tu rostro ignorante” (*Heroida* XVI, 141 ss.). Y Helena contesta: “¿Cuán abundantes jóvenes crees que lo que tú quieres, quieren?” (*Heroida* XVII, 101).

Cervantes, por su parte, coordina ambos pasajes ovidianos y los adjudica a Marcela: “La fama de su mucha hermosura se extendió de tal manera que, no solamente de los del pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda... era rogado... su tío se la diese por mujer”.

Y, si seguimos leyendo el episodio de Marcela y lo confrontamos con las *Heroidas*, vemos que las semejanzas, lejos de atenuarse, se van refor-

⁹ Alfonso Reyes, “La *Iliada*”, Rapsodia III, vv. 163 ss., *Obras completas*, t. XIX, p. 148.

zando. Al revisarlos de cerca, los influjos de Ovidio en Cervantes nos parecen cada vez más evidentes.

Sonriente, pero esquiva

En efecto, la personalidad de ambas protagonistas continúa paralela. En la *Heroida* de Helena ella sabe ser sociable, pero guarda siempre sus distancias:

Si mi rostro no está triste en un gesto fingido
y no me asiento, torva, con entrecejo duro,
no obstante, mi fama es clara y aún he jugado sin crimen
ni tiene algún adúltero gloria por causa mía (XVII, 17 ss.).

Esa misma actitud ha asumido la Marcela del *Quijote*, casi como si siguiera el guión que le va dictando Ovidio:

De cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado... que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que, puesto que a los pastores... los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su interés cualquiera de ellos, aunque sea... del matrimonio, los arroja de sí como con trabuco.

Y la Helena de Ovidio tiene sus momentos crueles hacia Paris, cuando ella, halagada del esposo en los banquetes, ve sufrir al galanteador. Paris se queja entonces: “Ante el gemido mío la risa no frenaste” (XVI, 230).

Similar es la queja del Grisóstomo del *Quijote* a la radiante Marcela: “Antes tu risa en la ocasión funesta/descubre que el fin mío fue tu fiesta”.

Y volvemos a afrontar por sobre el tópico ya tratado más arriba, que en Ovidio se encuentra redactado así: “Cuántas veces me dirás ‘adúltera’, airado, olvidando que dentro de mi crimen se halla el tuyo” (*Heroida* XVII, 219 ss.).

Esa antítesis, tema del “Hombres necios” de sor Juana, y del capítulo XXXIV del *Quijote I*, es reiterado así por don Miguel en una nueva re-

dacción. En “El curioso impertinente”, lo decía la radiante Quiteria a Lotario. Ahora lo dice la espléndida Marcela a Grisóstomo: “Pues si la honestidad es una de las virtudes que... más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, para corresponder a la intención de aquel que, por solo su gusto... procura que la pierda?”

¡Juana Inés! ¡Vuelva al escenario!

Así vuelve a bordar Cervantes sobre el tema que sor Juana ha desplegado en su ya citada *Sátira filosófica*, en la que ella, decenios después, iba a decir al tentador, estrofas como esta: “Mas entre el enfado y pena / que vuestro gusto refiere, bien haya la que no os quiere / y quejaos en hora buena”.

Y son tan sustanciosas las estrofas de la Fénix de Nepantla, que admiten siempre renovadas lecturas, incluso algunas traviesamente sonrientes, como en la sucesiva: “Dan vuestras amantes penas / a sus libertades alas, y después de hacerlas malas, / las queréis hallar muy buenas”.

Además, Juana Inés maneja argumentos implacables, ante los cuales los hombres necios —que no todos lo somos— se resignan a agachar las orejas: “Pues, ¿para qué os espantáis / de la culpa que tenéis? Queredlas cual las hacéis, / o hacedlas cual las buscáis”.

Y con la misma energía con que las bellas asediadas recriminan a sus pretendientes desatinados, sor Juana hace a los hombres necios, depositarios de los enemigos del alma: mundo, demonio y carne.

Por eso, sor Juana cierra a tambor batiente su *Sátira filosófica* con la celebrada cuarteta: “Bien con muchas armas fundo / que lidia vuestra arrogancia, pues en promesa e instancia / juntáis diablo, carne y mundo”.

UNA GUIRNALDA DE OVIDIO EN EL QUIJOTE

Por cierto que, al revisar el *Quijote*, buscando huellas de las *Heroidas*, descubrí que las sentencias que me deleitaban en Ovidio, ¡eran periodos que

ya me habían complacido en mis lecturas juveniles de *El ingenioso hidalgo*! Las resumo aquí, a fin de compartir mi satisfacción con los lectores.

Primero, Ovidio había hecho decir a Dido: “Y llevarán los mismos vientos tu fe y tus velas” (*Heroida* VII, 8). Y Cervantes, recordando a Dido, hace cantar a Grisóstomo la misma adyunción de lo real y lo impalpable: “Ofreceré a los vientos cuerpo y alma”.

Luego, en otro tópico y en otra carta, Ovidio había escrito así por boca de Penélope: “¿Cuándo no temí yo peligros, que los reales más graves?” (*Heroida* I, 11).

Ese tópico lo refiere Cervantes así: “Y como al enamorado ausente no hay... temor que no le alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados... como si fueran verdaderos”.

En otro tema, si alguien aún dudara de la admiración que lleva a Cervantes a imitar docenas de pasajes que le parecen memorables en Ovidio, culmino este estudio sobre la influencia de Ovidio en el *Quijote* señalando una imitación que honra a imitador y a imitado. Paris decía a Helena: “Menor que la verdad es tu gloria y tu gloria vencida por tu belleza fue” (*Heroida* XVI, 145 ss.).

La respectiva imitación de Cervantes es un pasaje simplemente señorial: “Una maravillosa visión... se les ofreció a los ojos... Pareció la pastora Marcela tan hermosa, que (sobre)pasaba a su fama su hermosura”.

El genio de Cervantes, como el de tantos otros creadores occidentales, se ha nutrido con la médula de león del clasicismo.

Nuevas “Heroidas” de Cervantes

En otra ocasión, leyendo la laberíntica historia de la desdeñada esposa Desdémona, en el capítulo XXXVI del *Quijote I*, encontré una serie de frases que Cervantes con toda probabilidad tomó de las *Heroidas*, pues tres convergencias seguidas en frases ingeniosas no pueden ser simples coincidencias. Confróntelas el amable lector.

1. Si Ovidio anota: “Sea de tu tristeza la causa yo y el freno” (*Heroida* II, 90), Cervantes, a su vez, escribe: “Que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe”.

2. Otro tema. La Briseida ovidiana escribía a Aquiles: “Cautiva, seguiré al vencedor; no —casada— al marido... o puedes tolerarlo, mientras no despreciada me dejes” (*Heroida* II, 69 y 81).

A su vez, la Dorotea cervantina, como leyendo un guión escrito por Ovidio, va diciendo a su marido: “Si no me quieres por esposa, quíereme al menos y admítame por tu esclava... No permitas, con dejarme y desampararme... mi deshonra”.

3. Un tercer tema. Luego, más dialécticamente, la *Heroida* de Deyanira da el triunfo a la débil Onfale sobre Hércules: “Tanto menor que ella eres, cuanto más valioso era el vencerte” (*Heroida* IX, 107).

Y parecería que la Dorotea de Cervantes, luego de leer lo dicho por Onfale, procediera a imitarla, cuando declara: “La verdadera nobleza consiste en la virtud... Yo quedaré con más ventajas de noble que las que tú tienes”.

Ya se ve que, más que simple admirador de Ovidio, Cervantes va pareciendo así uno de sus más geniales continuadores.

APÉNDICE. NOVELAS EJEMPLARES Y OVIDIANAS

¡Qué truculentas resultan algunas *Novelas ejemplares* de Cervantes, no menos que muchas de las novelitas con que condimentó el *Quijote*!

Mas lo laberíntico de tales novelitas no se debe solo a los gustos de la época de don Miguel. Esas complicaciones narrativas se remontan a la época de Alejandro Magno, primera etapa del renacer en el arte de la novela. Cervantes parece haberlas conocido en Ovidio, buen imitador de los narradores alejandrinos Calímaco y Longo.

Nuevas Cidipes de Cervantes

Veamos primero el argumento de *La española inglesa*, mujer de insuperable belleza, como todas las heroínas de Cervantes. El hispano parece haber tomado su historia, de la Cidipe de Ovidio, igual que tomó la de *Camacho el rico*, ya vista más arriba, y *Las dos doncellas*, que luego abreviaremos.

La mitológica Cidipe de Ovidio enferma sin causa visible, cuando la quieren casar con alguien distinto del Aconcio, a quien está prometida sin siquiera saberlo. En cambio, durante el Renacimiento, el Ricaredo de Cervantes enferma inexplicablemente, cuando sus padres insisten en casarlo con una joven diversa de su amada Isabela.

Luego, en Cervantes, Arnesto —rival de Ricaredo— está tan enamorado de Isabela, que amenaza con matarse si ella no le entrega su mano. La madre del angustiado amador sirve entonces un supuesto elixir de amor a la hermosa Isabela, la cual cambia... pero no enamorándose del advenedizo Arnesto, sino volviéndose “un monstruo de fealdad”, después que “hasta allí había parecido un milagro de hermosura”. Similarmente, la Cidipe ovidiana se había visto convertida en un “cuerpo miserable”, ajado por la enfermedad que le sobrevenía, cuando la iban a casar con uno que no fuera Aconcio.

Las imitaciones que Cervantes hace a continuación, proceden por reacción contraria al modelo que tienen en las *Heroidas*. Porque, con respecto a la actitud afectiva, la Cidipe de Ovidio escribe luego que, así demacrada, quizá ya no va a complacer a Aconcio. Y, en cambio, el Ricaredo de Cervantes, al ver afeada a su dama “se la pidió a la reina... porque el afecto que le tenía pasaba del cuerpo al alma”.

Por lo demás, respecto a las reacciones físicas de los enamorados, Cervantes procede a una contraposición similar. A la Cidipe ovidiana, su novio Aconcio “menos osadamente la acaricia”. En cambio, el Ricaredo cervantino, al ver deturpada a Isabela, “besola en el rostro feo, no habiendo tenido jamás atrevimiento de llegarse a él cuando hermoso”.

La tercera Cidipe del novelista

La última imitación que hace Cervantes de la Cidipe de Ovidio, aparece en la novela ejemplar de *Las dos doncellas*, ambas —según la obsesión de don Miguel— homéricamente bellísimas.

Mas Cervantes vuelve pronto a su modelo ovidiano. Nos narra que Marco Antonio, joven de prosapia, ya se ha unido maritalmente a una joven, pero antes había dado promesa escrita de matrimonio a otra. En un caso similar se halla la Cidipe de Ovidio. Ella ha prometido —aunque involuntariamente— su mano a Aconcio ante la diosa Diana, mas sus padres la han comprometido después con otro pretendiente.

Como se ve, el nudo de ambas historias es el mismo: se trata de un triángulo amoroso, no *de facto*, como es peculiar en las películas modernas, sino *de jure*, por duplicidad de compromiso matrimonial. El conflicto, tanto en Ovidio como en Cervantes, radica en ver cuál de las dos partes debe triunfar por derecho, el pretendiente o la pretensa.

Las soluciones las buscarán luego ambos protagonistas, haciendo razonamientos jurídicos. Cidipe declaraba en su *Heroida*:

Quien jura es la mente...
 solo ella a los dichos puede añadir la fe...
 Yo no juré; palabras que juraban leí;
 no debiste en tal modo ser elegido esposo
 (*Heroida* XXI, 137 a 146).

Así, la Cidipe de Ovidio sostiene una tesis jurídica que después acabará por olvidar, al aceptar la sacralidad de una promesa pronunciada ante el templo de Diana.

Muy por el contrario, el Marco Antonio de Cervantes contrapone a un compromiso escrito la contraprueba de los hechos consumados. Así declara este sofista de los Siglos de Oro hispanos: “Confieso que la cédula que os hice fue más para cumplir con vuestro deseo que con el mío”.

Y Cervantes cierra el caso con este audaz retruécano, también llamado quiasmo: “Si a vos os di cédula firmada por mi mano, a ella le di la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad a otra persona en el mundo”.

En resumen: el conflicto basado en una doble promesa matrimonial, es semejante en la narración de Ovidio y en la de Cervantes, no menos que lo son los razonamientos jurídicos. Y, como indicio importante, tiene toda la astucia ovidiana el retruécano citado, con el cual culmina don Miguel su novela ejemplar *Las dos doncellas*.

EPÍLOGO

¡Qué dinámico admirador de Ovidio fue Cervantes! Solo una enorme devoción por el sulmonés lo pudo llevar al acierto con que —según anotábamos— se apropió creativamente del dístico de Ovidio: “Menor que la verdad es tu gloria... / Y tu gloria vencida por tu belleza fue”.

Ya decíamos que Cervantes asimiló esas sentencias en el pasaje citado: “Una maravillosa visión...pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que (sobre)pasaba a su fama su hermosura”.

La imitación española tiene el mismo esplendor del clásico modelo latino. Así como Ovidio recopiló en sus *Metamorfosis* “la leyenda dorada de la antigüedad”, así su discípulo Cervantes, en una de las cuatro lenguas más difundidas del mundo, la castellana, creó el *Quijote*, admirable y ejemplar por sobre todas nuestras novelas.

APOSTILLA. Hay quien ha dicho que las buenas intenciones no hacen obras de arte. Pero nosotros replicamos —tras releer las aventuras coronadas de gloria y dolor del *Quijote*, y la poesía densa de mieles y hieles de sor Juana— que las creaciones literarias constructivas, al tiempo que nutren a la imaginación, halagan a la inteligencia.